

Artículo de Opinión

Haití: diez años sumando crisis y esperando a que se cumplan promesas

Jesús González Zambrana

Coordinador del equipo de Médicos del Mundo en Haití para la respuesta al Cólera en 2010;
jesus.gonzalez@medicosdelmundo.org; ORCID id:<https://orcid.org/0000-0001-7219-5351>

DOI: <https://doi.org/10.37536/RIECS.2020.5.S1.177>

Recibido: 24/01/2020; Aceptado: 05/02/2020; Publicado: 14/02/2020

A pesar de ser el país del continente americano con los peores indicadores de desarrollo desde hace décadas, tuvo que ser el terremoto del 12 de enero de 2010 el que pusiese en primera plana de todos los medios la situación de un país condenado a una crisis que se prolonga en el tiempo y no encuentra soluciones.

Sin apenas tiempo para la recuperación de una serie de cuatro huracanes (Fay, Gustav, Hanna e Ike) en 2008 que habían provocado casi 500 muertes, 850.000 personas sin hogar y gran afectación de las infraestructuras, con ese terremoto de magnitud 7.0 que provocó alrededor de 316.000 víctimas directas, 350.000 heridos y un millón y medio de personas sin hogar, se inició una década llena de eventos adversos que ha ocasionado una cronificación de muchos problemas de la sociedad haitiana.

En 2005 un terremoto de similar magnitud en Japón y próximo a una zona densamente poblada causó tan solo un muerto... a causa de un infarto, con lo que queda claro que el efecto de cualquier desastre natural está directamente relacionado con la situación basal y con la capacidad de respuesta del país.

Con la realidad sanitaria de Haití, en la que el 60% de las estructuras de salud colapsaron, el Programa Ampliado de Inmunizaciones (PAI) tenía serias carencias previamente al terremoto, buena parte del personal sanitario afectado y gran limitación de recursos curativos y programas preventivos, el riesgo epidémico era realmente elevado, aunque no precisamente de cólera.

Como ejemplo sirva que, durante mi estancia en el proyecto de abordaje a la epidemia de cólera, nuestro equipo que apoyaba el servicio de Salud Materno Infantil del Hospital de *Notre Dame en Petit Goâve*, diagnosticó y trató a dos niños con tétanos. Lo paradójico es que estos casos hubieran sido esperables en niños de alrededor de un año de edad por la suspensión del PAI tras el terremoto, pero curiosamente se trataba de niños de 7 y 11 años respectivamente, lo que ponía de manifiesto que el PAI era deficitario mucho antes del terremoto y que la situación de especial riesgo de este momento había favorecido la aparición de casos de enfermedades inmunoprevenibles, del mismo modo que podrían haber aparecido casos de difteria, tosferina o sarampión con casi total seguridad.

Una epidemia de cólera que no termina de atajarse (iniciada en octubre del 2010), huracanes como Tomas (2010), Irene y Emily (2011), Sandy e Isaac (2012), inundaciones (2013), tres años consecutivos de sequías (2014, 2015 y 2016), huracanes como Matthew (2016), Irma y María (2017), terremoto y nueva sequía (2018), el huracán Dorian (2019), mezclados con inestabilidad política y social, hambre estructural, precariedad habitacional y pérdida de capacidades productivas (especialmente de la agricultura), son ingredientes más que suficientes como para que una sociedad viva el sufrimiento y la falta de esperanza como parte de su esencia, al mismo tiempo que el resto del mundo vuelca muchos esfuerzos en informar en la fase aguda de cada desastre, mirando hacia otro lado poco tiempo después. Así es la historia reciente de Haití.

En esta década se perpetúan los refugios temporales para miles de haitianos, la falta de acceso a electricidad, fuentes de agua mejoradas (disponible sólo para el 64,2% de la población) y a sistemas de saneamiento (sólo para el 30,5% de la población) según informes de PNUD (Programa de acciones Unidas para el Desarrollo).

Así mismo, algunos indicadores de salud como la esperanza de vida de 55,3 años, la Tasa de Mortalidad Materna (TMM) de 359 mujeres por cada 100.000 nacidos vivos, 21% de lactantes no vacunados de DTP y 47% de sarampión, Tasa de mortalidad en lactantes de 50,9 y de menores de 5 años de 67 por cada 1.000 nacidos vivos, 41,7% de partos atendidos por personal cualificado y un 53,4% de la población infantil con algún grado de desnutrición (Fuentes: PNUD y FAO, Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura) son muestra suficiente como para tener una idea muy aproximada de la situación y de los potenciales riesgos a los que están expuestos.

La situación del cólera también se ha extendido a lo largo de esta década. Desde que se atribuyó al contingente nepalí de los cascos azules que formaban parte de la MINUSTAH (Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización en Haití) la introducción de *Vibrio cholerae* en el país, ha habido más de 820.300 afectados por la enfermedad y aproximadamente 9.792 personas fallecidas, permaneciendo bastante estable la incidencia de 75 casos/semana hasta finales del 2018 y descenso progresivo hasta el último caso confirmado el 4 de Febrero del 2019 (Fuente: Ministerio de la Salud Pública y las Poblaciones (MSPP)).

Tras el silencio de las Naciones Unidas por lo sucedido en 2016 su Secretario General, Ban Ki-moon, pidió disculpas por la actuación de la organización y anunció un fondo de 400 millones de USD para ayudar a los afectados. Años después su sucesor, António Guterres, sigue solicitando fondos para poder cumplir con la promesa de su antecesor ya que apenas 50 millones (8,7 millones del fondo específico para cólera junto a los 40,5 millones sobrantes al cierre de la MINUSTAH en 2017) se han dedicado a combatir la epidemia y apoyar a las personas que sufrieron la enfermedad. Demandas por parte del Instituto para la Justicia y la Democracia de Haití reclamando indemnizaciones para los afectados, se han topado con la resolución de la Corte de Apelación Federal estadounidense que ha confirmado la inmunidad de la ONU frente a reclamaciones de responsabilidad por daños.

La actuación de NNUU en Haití también ha sido muy cuestionada por otros motivos. Así, 114 cascos azules fueron obligados a retornar a Sri Lanka por estar envueltos en una red de abuso de menores, siendo tan solo esta la respuesta oficial. Ninguno de ellos fue procesado a pesar de las pruebas testimoniales de algunas víctimas menores de edad, cuestión que ha sido denunciada por el Centro Europeo para los Derechos Constitucionales y Humanos. Chile, otro país cuyas tropas también pudieron estar implicadas en abusos sexuales a mujeres y menores desde 2004 a 2017, ha decidido poner en marcha una Comisión Parlamentaria para la investigación de lo que sucedió.

Diversos escándalos en los que se vieron envueltas algunas organizaciones internacionales (OXFAM, Christian Aid, Save The Children o la Cruz Roja Británica) también deterioraron la imagen de la presencia extranjera en el país a pesar de las severas medidas internas adoptadas por estas entidades al ser conscientes de lo sucedido.

Actualmente hay más de veinte ONGs españolas en Haití y es el país con mayor número de ONGs por habitante. Lástima que el resultado obtenido no refleje el esfuerzo dedicado a mejorar la situación de tantas personas afectadas, pero la secuencia de eventos adversos junto al escaso soporte encontrado en organismos gubernamentales ha jugado claramente en contra del cumplimiento de muchos de los objetivos planteados.

Si el propio concepto de COOPERACIÓN implica llevar a cabo unas actividades para tratar de abordar problemas identificados de manera conjunta entre actores del tercer sector (la mayor parte de ellos extranjeros) y otras entidades del país (gubernamentales o de carácter comunitario), el contexto político y social de Haití ha sido y continúa siendo especialmente complicado. Un estado prácticamente fallido con gran déficit institucional, una sociedad con apremiantes necesidades básicas por cubrir y con poca tradición de asociacionismo no son la contraparte ideal para implementar proyectos.

Precisamente esta debilidad gubernamental ha sido la justificación de grandes donantes para no llegar a cumplir con las promesas de aporte de fondos destinados a la recuperación del país. La corrupción, la escasa capacidad de gestión financiera y la poca aceptación popular de sus mandatarios suponen trabas importantes para que los fondos fluyan, los programas de recuperación se lleven a cabo y las justificaciones se correspondan con lo ejecutado. Las entidades donantes así lo

interpretaron y de los 6.000 millones de USD que se dispusieron entre 2010 y 2012, menos del 10% estuvieron bajo la gestión del gobierno haitiano.

El resultado de estos diez años se resume en 4,2 millones de personas con necesidades alimentarias, 3,7 millones con desnutrición aguda, 60% de la población bajo el umbral de la pobreza según el Banco Mundial. Préstamos sin intereses en el 2019 del Fondo Monetario Internacional (FMI) de 229 millones de USD a tres años para tratar de capitalizar al gobierno y una mirada puesta a tres años vista por muchas razones, entre ellas porque ese es el período que debe transcurrir sin nuevos casos de cólera confirmados para poder declarar el fin de la epidemia.

Esperemos que, junto a esta enfermedad, se pueda también dar por superada la fase de emergencia y el país entre en una fase real de recuperación con un gobierno propio y ajeno comprometido.



© 2020 por los autores; Esta obra está sujeta a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.